

Naamán y la Muchacha Sirvienta

Un sermón de 2 Reyes 5:15

Por Rev. A. Vergunst (sermón 305a)

Lectura Bíblica: 2 Reyes 5:1-19

Salterio 176:1, 2

140:2, 3, 4

397:1, 7

235:1-4

Introducción

Pedimos su atención esta mañana cuando escuchamos nuestro mensaje, el cual se basa en 2º de Reyes, capítulo 5, versículo 15, donde leemos la Palabra de Dios como sigue: *“Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo”*.

Querida congregación, las palabras de nuestro texto tratan de Naamán el sirio, quien era el general del ejército de Siria. Al considerar a este general Naamán, vamos a considerar tres puntos principales:

1. **Su orgullo;**
2. **Su curación; y**
3. **Su gratitud.**

PRIMER PENSAMIENTO

En primer lugar, entonces, vamos a considerar el orgullo de Naamán, y cómo el Señor sabe humillar a un altivo y llevarlo a los pies de Jesús, donde suplica por la misericordia de Dios.

Se destacan los términos que se emplean para describir a Naamán en los primeros versículos de nuestro capítulo esta mañana. Leemos en versículo 1 que *“Naamán, general del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y lo tenía en alta estima”*. Era comandante de todas las fuerzas armadas de Siria, y era “grande” ante su señor el rey de Siria, porque evidentemente había tenido mucho éxito en la guerra, según la providencia de Dios. Leemos en la última parte del versículo 1 que Naamán era *“valeroso en extremo”*. Por lo tanto, no sólo el rey de Siria lo respetaba a Naamán mucho, sino que también todo el pueblo sirio lo tenía en alta estima.

Sin embargo, eso no es el todo de lo que la Biblia nos dice acerca de Naamán, pues al final del primero versículo, leemos que “*Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso*”. Sí, ¡vino la palabra “pero” en la vida de Naamán! Oh, ¡cuántas veces vemos en la vida nuestra y de los demás que por más que seamos bendecidos con tantas cosas, y por más exitosos que seamos, viene esta palabra “pero” en nuestra vida. Justamente en esta palabra “pero” podemos ver algo que se describe que es un *contraste* a las muchas bendiciones y al ser grande y glorioso; vemos el *contrario* del gozo y de la prosperidad. Es cierto: ¡en cuántas vidas no se encuentra esta palabra “pero”! Es posible que una persona pueda contar de sus grandes cosas y sus muchas experiencias, pero luego se tiene que decir que a pesar de todo eso, ha llegado un “pero”; le ha llegado una cruz, sea una enfermedad que quita la fuerza o una experiencia triste que jamás se puede olvidar, y que siempre ensombrece toda la felicidad de la cual se había gozado antes.

Naamán era un hombre de gran honor, grande delante de su señor, “*pero leproso*”. Todos sabemos de la Palabra de Dios qué era la lepra y cuán terribles eran los problemas que causaba este mal. Un leproso no podía seguir viviendo en la comunidad. La lepra era una enfermedad que comenzaba con una mancha pequeña en la piel, y que avanzaba más y más hasta destruir el cuerpo entero, haciendo imposible que la persona viviera como había vivido antes. En la providencia de Dios, Naamán era leproso.

Este capítulo nos habla desde el principio acerca de la providencia de Dios. El Señor tenía un propósito con este mal con el cual fue afligido Naamán, tal como Él tiene un propósito con todo lo que acontece en nuestra vida. No hay nada que ocurra por “la suerte”; al contrario, según la misma Palabra de Dios (también en este capítulo), todas las cosas suceden según el consejo y la voluntad de Dios, y con todo lo que nos acontece, Dios tiene un propósito.

Dios tenía un propósito con la lepra de Naamán, tal como Él tiene un propósito con las aflicciones que tú tienes que experimentar, con las adversidades que acontecen en tu vida, y con las tristezas y las decepciones que te sobrepasan. Dios siempre tiene un propósito con todo. A veces las aflicciones son necesarias, así como es la experiencia de la Iglesia de Dios a través de los siglos. En esos casos, las aflicciones llegan a ser bendiciones, y el Señor emplea las cruces y las aflicciones de Su pueblo para el

honor de Su Nombre y para el bienestar espiritual de Su pueblo. Así es que podemos decir que Dios tenía un gran propósito con la lepra que padeció Naamán. Aunque pareciera ser una gran aflicción y una gran sombra en la vida de este hombre, resultaría en la gloria de Dios y el bienestar eterno de Naamán.

Congregación, esta historia está escrita en la Palabra de Dios para la instrucción de la Iglesia. Dios tiene un propósito al contarnos esta historia en Su Palabra, porque en ella escuchamos de la gran providencia de Dios que gobierna sobre todas las cosas. En esta historia, veremos algo del bendito Evangelio, el Evangelio de la gracia libre, la cual se puede demostrar a través de la curación maravillosa que recibió Naamán y la manera por la cual Le agradó a Dios curarlo.

También era la providencia maravillosa de Dios que hizo que hubiera una muchacha sirvienta en la casa de Naamán. ¡Qué bendición sería esta muchacha en la vida de este general! El tiempo no nos permite hablar mucho de la vida de ella, pero piénsenlo: esta muchacha fue tomada de su propio país, de la tierra de Israel, como cautiva en la tierra de Siria. Ella había perdido su familia, y ahora tenía que vivir en medio de extranjeros, sirviendo a Naamán y su mujer; ¡ella tenía que servir al mismo general que había hecho tanto daño a su propio pueblo!

Sin embargo, aunque estaba lejos de su país, ¡qué bendición era esta muchacha en la casa de Naamán! Aunque estaba lejos de sus padres, esta muchacha no se olvidó del Dios de Israel, ni tampoco se olvidó de Eliseo, el siervo de Dios que vivía en medio de su pueblo. De hecho, esta muchacha dio un buen testimonio y actuó como misionera en la casa de este hombre pagano. Sí, esta muchacha habló del Dios de Israel, y a pesar de que ella estaba afligida, dio un buen testimonio del gran poder de Dios.

Es posible que la fe de esta muchacha haya sido probada, y tal vez ella pensaba: “¿Por qué el Señor ha permitido que yo fuera tomada de la casa de mis padres? ¿Por qué tengo que vivir en el país de los enemigos?” Sin lugar a dudas, había muchas preguntas en la vida de esta muchacha; no obstante, ella siguió creyendo que el Señor es Dios. En la casa de este gentil, esta muchacha israelita llegó a ser una bendición, exaltando el Nombre del Señor en medio del pueblo enemigo.

La muchacha sirvienta creía que para Dios no había nada imposible. Ella había visto los diferentes medios que se habían empleado para tratar de curar a Naamán, y también sabía que hasta el momento, todo había sido en vano. Más bien, la lepra se hizo más grave para Naamán. Por fin, ella no puede callarse más, y dice a su señora: “*Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra*” (v. 3). No era que el profeta mismo tuviera el poder de sanar, sino que como profeta del Señor, él podría invocar el Nombre del Señor y así proclamar por medio de Aquel Nombre el poder de Su misericordia.

Luego leímos que Naamán sí salió, rumbo a Samaria, enviado por el mismo rey de Siria. La Biblia nos dice que él fue con muchos regalos para el rey de Israel, así “*llevando consigo diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos*” (v. 5). Naamán pensó que al profeta de Dios le gustarían estos presentes, y pensó que así podría “comprar” su salud con las riquezas de Siria. No obstante, ¡él iba a aprender que no sería así!

Los versículos siguientes nos cuentan cómo llegó Naamán a Israel y apareció delante del rey de Israel. También leemos cómo reaccionó el rey de Israel; él se había olvidado del profeta de Dios que vivía en Samaria. Fijémonos en la diferencia entre la muchacha israelita en la casa de Naamán, quien se había acordado del profeta de Dios, y este rey incrédulo, quien rasgó sus vestidos y ni siquiera pensó en el profeta de Dios. De hecho, Eliseo y el rey de Israel vivían en la misma ciudad, y seguramente el rey había oído mucho sobre las obras del profeta; sin embargo, rasgó sus vestidos al leer las cartas que le dio Naamán. El Señor iba a mostrarle no sólo a Naamán, sino también a Su pueblo Israel, que Él es Dios.

En los siguientes versículos leímos cómo Naamán fue invitado a la casa del profeta Eliseo. “*Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo*” (v. 9). Ahí se paró Naamán a la puerta de la casa de Eliseo, pero...¡Eliseo no salió a verlo! Este gran general de Siria, un hombre de tanto honor, esperaba que el profeta saliera y que se postrara delante de él, y en cambio, el profeta ni siquiera vino a la puerta para encontrarse con él.

La Palabra de Dios nos enseña que por la naturaleza nosotros estamos en la misma condición de Naamán: todos somos orgullosos aunque somos leprosos por la naturaleza misma. Naamán pensó que era

gran hombre, a pesar de que era leproso. Naamán pensó que podía llevar algo para ofrecer, algo con el cual podría merecerse su redención de su mal. Sin embargo, Naamán tenía que ser humillado delante del Señor, tal como es necesario para cada uno de nosotros.

No es que Eliseo quisiera faltarle el respeto a Naamán, ni tampoco quería insultarlo. Sin embargo, Eliseo quería mostrarle a Naamán quién era él ante los ojos de Dios, y quería enseñarle que delante de Dios, no hay nadie que sea bueno. El propósito del profeta de Dios era enviar su mensajero para recibir a Naamán, y así para quitarle su gran orgullo. Es necesario para cada uno de nosotros que se nos quite ese gran orgullo, pues el orgullo es un pecado del cual *todos* somos culpables. El orgullo fue la raíz del primer pecado en el Paraíso, y ese orgullo se encuentra en la vida de cada persona. Debido a ese orgullo, nosotros no sólo pensamos que *somos* algo, sino que también pensamos que podemos *hacer* algo bueno en los ojos de Dios.

Entonces, era necesario que Naamán oyera las palabras del profeta: “*Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio*” (v. 10). ¿Lavarse en el río Jordán? ¿Qué? Eso fue algo tan sencillo, y el río quedaba a una distancia tan cerca; ¿acaso el profeta sólo le va a decir eso? El mensajero de Eliseo únicamente le había dicho que si Naamán bajaría de su carro y se lavaría siete veces en el Jordán, su carne se le sería restaurada y él sería sano. Fue un mandato tan sencillo y tan maravilloso a la vez. De hecho, congregación, fue *demasiado* sencillo para Naamán, quien esperaba grandes cosas. ¿Solo lavarse en el río Jordán, y nada más?

Leemos que “*Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra*” (v. 11). ¡Naamán tenía sus propias ideas acerca de cómo se iba a sanar! Seguramente Naamán también pensaba que Eliseo le preguntaría cuánto podía pagar por la curación que pedía. Y, así somos *todos* nosotros. Todos tenemos nuestros propios pensamientos en cuanto a cómo debe obrar el Señor en el corazón. Amigos, el mandato tan sencillo, “*Ve y lávate siete veces en el Jordán*”, es una ilustración de la maravillosa sencillez del mensaje del Evangelio.

Las aguas a que se refieren aquí son un tipo de la misma agua con la cual los pecadores necesitan lavarse. El río Jordán era el mismo río donde Juan el Bautista bautizaba a los pecadores que venían para escucharle predicar. En este mismo río aquellos pecadores fueron inmersos, y ahí es donde confesaban sus pecados, y donde Juan predicaba el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados (Marcos 1:4, 5). De hecho, fue el mismo río en que Jesús fue bautizado cuando Él aceptó el ser hecho *como* un pecador, no porque Él hubiera pecado jamás, sino para cargarse con los pecados de Su pueblo. Ahí Jesús se sumergió en el río y subió del río, para que hubiera un río de agua viva para limpiar a los pecadores, y para librarlos de la lepra espiritual. Así es que el mandato que le fue dado a Naamán nos predica la proclamación del Evangelio del Señor Jesucristo. Nos declara que nosotros también necesitamos ser lavados en aquel río. Ni nuestras obras, ni nuestras lágrimas, ni nuestros esfuerzos, ni nada de lo que queremos hacer para ser “algo” en los ojos de Dios, nos puede ayudar; solamente tenemos que ser llevados a esa fuente de aguas vivas que es Jesucristo Mismo.

Naamán menospreció el mandato del profeta, porque para él fue demasiado sencillo. Según él, los ríos de Damasco fueron muchos mejores, mucho más grandes, y mucho más limpios, y mejores ríos que el Jordán. Incluso los que visitan la tierra de Israel hoy en día se sorprenden del hecho de que el río Jordán no es más que un arroyo pequeño en algunos lugares. Sin embargo, este río del cual se predica en el Evangelio es la proclamación de Uno sobre Quien escribió el profeta Isaías, cuando nos profetizó de Cristo así: *“No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos”* (Isaías 53:3, 4).

Igual que el río Jordán fue menospreciado por Naamán, así el mensaje del Evangelio es menospreciado por su sencillez, pero nos proclama el poder limpiadora de la sangre de Jesucristo, y nos predica que tenemos que renunciar todo aparte de Él. Es necesario ser llevado a Cristo como leprosos con manos vacías. Dios no pide ni quiere los talentos de plata ni las mudas de vestidos que queremos ofrecerle por nuestra naturaleza, sino que simplemente dice: “Ve y lávate en el río Jordán”. Y, en Su tiempo, el

Señor lleva a los Suyos a tal río, como vamos a considerar en nuestro segundo pensamiento, donde vamos a ver *la curación de Naamán*.

SEGUNDO PENSAMIENTO

¿Qué era necesario para Naamán, entonces? Él tenía que ser humillado, y el Señor hizo esto en Su gran providencia. Los mismos siervos del general le hablan, diciendo: “*Padre mío, se el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, serás limpio?*” (v.13) Es como dijieran: “Si el profeta te hubiera pedido todo tu oro y plata, ¿acaso no se lo habrías dado? Habrías hecho cualquier cosa que hubiera dicho el profeta”. Oh amigos, un mandato así nos haría orgullosos, porque habríamos podido hacer algo o llevar algo de nosotros mismos. Sin embargo, ¡qué gran lección es ser ayudado como un pobre que no tiene nada de sí mismo; y es necesario que aprendamos esta lección una y otra vez, para que obedezcamos, tal como hizo Naamán.

Ahí lo vemos a Naamán, que por fin hace lo que se le pidió. Por fin se orgullo le fue quitado, y leemos que “*descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios*” (v. 14). ¡Siete veces se zambulló en el río Jordán! ¿Piensan ustedes que después de la primera vez que se zambulló Naamán, ya pudo ver los resultados? Yo no creo que fuera así. El número *siete* tiene un significado especial en las Escrituras, y se refiere al cumplimiento, también al cumplimiento de la obediencia. Oh, ¡qué bendición es poder, por la gracia de Dios, creer lo que dice Dios! Naamán no confió en la evidencia, sino que confió en la palabra del profeta de Dios. Y por eso no creo que Naamán haya mejorado de a poco después de cada vez que se zambulló, porque si fuera así, él habría estado confiando en la evidencia. En cambio, él renunció todo lo que era de él, todos sus tesoros y sus sacrificios, todos sus temores y sus objeciones, y se entregó tal como era: un leproso indigno, pobre y humilde que solamente pudo decir: “*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna*” (Juan 6:68).

Así descendió Naamán en el río, y se zambulló siete veces, tal como le fue dicho. Y ahora vemos el milagro: “*Y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio*” (v. 14). Oh amigos, ahí

Naamán experimentó el poder del Dios de Israel. ¡Qué cosa más maravillosa es cada vez que un pecador lleno de la lepra espiritual sea llevado a este precioso “Río” que se predica en el Evangelio del Señor Jesucristo! Por nuestra naturaleza no Lo estimamos a Cristo; sin embargo, aquellos para quienes el Evangelio es hecho poderoso sí vienen a Él, se postran delante de Sus pies y experimentan por el poder de Dios que “*la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado*” (1 Juan 1:7). Es ahí donde un pobre pecador indigno renuncia todos sus supuestos derechos, y donde lo único necesario es huirse al “Río” que es el Hijo de Dios y ser lavado por la sangre de Jesús.

Queridos amigos, ¡cuán necesario es que seamos humillados como Naamán fue humillado! Es necesario perder todo nuestro orgullo y altivez, para así acudir a Cristo como nada más que un pecador indigno, para experimentar personalmente que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. Cuando algo de esa preciosa sangre sea rociada sobre el alma inmunda, se experimenta el poder de la obra mediadora de Cristo, tal como Naamán experimentó cuando se lavó en el río Jordán. Y, como veremos en nuestro tercer pensamiento, el deseo que se produce es demostrar nuestra **gratitud a Dios**.

TERCER PENSAMIENTO

Luego vemos otra muestra que Naamán fue humillado: él volvió a la casa de Eliseo. Leemos que “*volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él*” (v.15). ¡Qué diferencia del versículo 9, donde leemos que Naamán se había parado “*a las puertas de la casa de Eliseo*”! Antes, Naamán era demasiado orgulloso para estar delante de Eliseo, pero ahora, cuando vuelve a la casa del profeta, se puso delante de él y dijo: “*He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo*”.

Naamán quería ofrecerle algo a Eliseo como presente. ¿Por qué no la aceptó Eliseo? ¿Acaso no fue permitido recibir alguna ofrenda de gratitud? No, esto no es el caso, porque se lee muchas veces en la Biblia de la gratitud que se experimenta en aquellos que han experimentado el amor y la misericordia de Dios. En Salmos 116 leemos: “*¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*” Después

de recibir los beneficios de Dios, es el deseo del alma ofrecer algo a Dios en Su altar como una muestra de gratitud, porque el Señor es tan digno de recibir todo honor y gloria.

Sin embargo, Eliseo no aceptó los presentes que ofrece Naamán, porque era necesario que Naamán se diera cuenta de que la redención que le había dado el Dios de Israel fue un hecho de la gracia divina. Eliseo quería enseñarle a Naamán que no hay obra que haga el Señor para que tenga que recibir pago. No, la misericordia de Dios es soberana y libre, y Dios quiere darla de una manera gratuita para que Él Mismo reciba toda la gloria y el honor.

Congregación, el corazón de Naamán fue conmovido, y él quería adorar al Señor. Leemos tantas cosas maravillosas en este capítulo; incluso leemos que Naamán quería llevar algo de la tierra de Israel para colocar en templo de Rimón, porque fue su deseo adorar y servir al Dios de Israel. Naamán sabía que el rey de Siria seguiría apoyándose en él cuando adoraba en el templo pagano en Siria, y se dio cuenta de que esto le iba a ser un problema, y por lo tanto, leemos que le dijo a Eliseo: *“Cuando haga tal, Jehová perdone en esto a tu siervo”* (v. 18).

¿Cuál es la respuesta del profeta Eliseo a la petición de Naamán? Leemos que le dijo: *“Ve en paz”* (v. 20). No debemos pensar que Eliseo le estuviera diciendo que era bueno que entrara en el templo de Rimón. Al contrario. Las palabras “Ve en paz” se empleaban en aquella época para despedirse el uno del otro, y así Eliseo simplemente se despide de Naamán, dejando el asunto a la consciencia de Naamán, y sobre todo, en las manos de Dios. Eliseo sabía que el Señor podía enseñarle a Naamán, para que abandonara el mundo y las cosas del mundo que no estaban de acuerdo a la Palabra de Dios. Eliseo confiaba que Dios Mismo le enseñaría a Naamán sobre lo que es la gracia.

En esta historia de Naamán se nos presenta un ejemplo de la gran necesidad de predicar a los paganos en todo el mundo, para que ellos también, por la obra del Espíritu Santo, lleguen a conocer el Dios de Israel. En esta historia de Naamán tenemos un ejemplo sencillo y maravilloso del poder de la gracia en el corazón de un pecador. Oh amigos, a veces nos es tan difícil entender que la salvación es algo tan sencillo y que la gracia es tan libre. Nosotros queremos hacer algo, y por lo tanto muchas veces nosotros tratamos

de hacerlo complicado; sin embargo, el mensaje de la palabra de Dios es sencillo: la palabra “gracia” implica que perdemos todo de nosotros, y que recibimos todo del Señor, así siendo llevados a los pies de Dios. Cuando el Señor obra esto en el corazón para Su propio honor, sería nuestro deseo regocijarnos en el Señor, tal como hizo Naamán. Vamos a cantar con él, **del Salterio 397, las estrofas 1 y 7.**

APLICACIÓN

Queridos amigos, ¡cuán maravillosa es la instrucción que se imparte en esta historia! Aquí encontramos enseñanzas para cada uno de nosotros. En primer lugar, piensen en la muchacha sirvienta, quien dio un buen testimonio de lo que vivía en su corazón: el temor del Dios de Israel. Ella también respetaba tanto al profeta Eliseo, porque sabía que él era siervo de Dios. Les pregunto, amigos, ¿damos nosotros un buen testimonio del temor de Dios en nuestro corazón, dondequiera que vivamos? Cuando estamos entre otras personas que son extranjeros al Dios de Israel, ¿les damos un testimonio verdadero de la vida del pueblo de Dios, de modo que incluso ellos sean convencidos, por la gracia de Dios, de la necesidad de conocer al Señor? O, si somos honestos, ¿no es así con nosotros como fue con esta muchacha sirvienta, que quería hablar bien de Su gran Dios y de cuán precioso era servirlo?

En segundo lugar, consideramos la gran prosperidad de Naamán por un lado, y esa palabra “pero” por otro lado. ¿Hay algunas instancias de esa palabra “pero” en tu vida, tal como hemos visto en la vida de Naamán? Puede ser que tú te regocijes de muchas cosas en tu vida, y que te gloríes en los muchos honores que te han sido conferidos. Sin embargo, que también tú pienses en las muchas “sombras” que te pueden sobrevenir: las “sombras” de la aflicción, la tristeza, la enfermedad, y muchas cosas más. Es cierto, no todo siempre sucede como queremos que suceda; sin embargo, tal como el caso de Naamán, que siempre nos demos cuenta de que con todo esto, Dios tiene Su propósito. Muchas veces nos viene una palabra “pero” cuando menos lo esperamos. ¿Hay esa palabra “pero” en tu vida ahora mismo? Esto puede ser el caso en la vida de adultos, jóvenes y niños; sin embargo, sea quien sea, Dios tiene Su gran propósito con todo.

Igual que la palabra “pero” en la vida del gran general Naamán, el Señor siempre tiene un buen propósito con todo lo que sucede en nuestra vida. Para Naamán, Dios quería humillar a este hombre tan orgulloso y altivo, y quería darle el conocimiento del gran Dios de Israel, para que en fin Naamán se postrara delante de Él. Oh, ¡ese orgullo terrible que se encuentra en cada uno de nosotros! Todos estamos llenos de orgullo, y aún los hijos de Dios tienen mucho *orgullo espiritual*. Siempre queremos tener algo para sacrificar; siempre queremos ofrecer algo para nuestra salvación. Si nos dijeran: “Viaja al otro lado del mundo para obtener la salvación”, ¿cuántos de nosotros estaríamos muy dispuestos a hacerlo, cueste lo que cueste. No obstante, el Señor no pide esto; más bien, el Señor no quiere esto. ¡No! Él simplemente dice: “Ve y lávate en el Jordán”. ¿En aquel río? No se encuentra la belleza en ese río. Así es, amigos: para el mundo no hay hermosura en Aquel Quien se proclama en Evangelio como la única Fuente de la salvación. Solamente en Él la Iglesia de Dios encontrará la gracia salvadora.

En el río Jordán que se proclama en el Evangelio hay un gran poder de limpiar, de modo que incluso un leproso puede ser sanado. Y es más, ese río sigue corriendo, siempre donde se predica el puro Evangelio. ¡Qué necesario es entender el mensaje del Evangelio por medio de la luz del Espíritu Santo, para que seamos llevados al único “Río” donde se encuentra la salvación! Es necesario renunciar todo lo que sea de nosotros mismos. Solamente los que son leprosos indignos, y los que tienen el corazón contrito, experimentarán el poder limpiadora, por más inmundo y pecaminoso que sea el pecador. “*La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado*”.

Eso es la experiencia del verdadero pueblo de Dios; aquel pueblo sabe algo de lo que hemos hablado esta mañana. La Iglesia de Dios siempre glorificará al Señor y Su gracia, porque Él merece recibir todo el honor, toda la gloria, y toda la gratitud ahora y para siempre. Amén.